

PANEGÍRICO
DE SAN HERMENEGILDO, REY DE ESPAÑA Y MTR.

*Usque ad mortem certa pro justitia.
Combate por la justicia hasta la muerte.
(Ecccl. iv, 32.)*

Regocíjate, madre pátria, en este día, en que hace trece siglos ofreciste al Cielo tu ilustre hijo Hermenegildo. Alégrate, inmortal Sevilla, de haber servido de sagrada escala, para que un jóven y santo rey, por gradas de inmortal púrpura, se subiese al Empíreo. Ensancha hoy tu corazón, inclita España, cuyo mayor timbre fué siempre el de ser católica. Á los alcázares eternos enviaste una prenda preciosa, garante de tu inalterable constancia en la verdadera fé; y como empeñaste tu palabra, y como el Eterno la aceptó, y como la Madre del Verbo divino la ratificó, y como quince mil y más hijos tuyos mártires la sellaron con su sangre, esta palabra no faltará jamás. ¡Lóres eternos sean dados á ese tan bondadoso Dios, que así entre las demás naciones te ensalzó!

Á fuerza de verter sangre, y de estar dando por espacio de cuatro siglos los más heróicos ejemplos de paciencia, de virtudes enteramente sustraídas al influjo del poder natural humano, y solo debidas á la no interrumpida accion de la divinidad sobre su escogida grey; á fuerza de estar apareciendo por todas partes luces inesfables de celestial doctrina por boca de sus apóstoles y misioneros, por la pluma de sus doctores, la santa Iglesia católica, apostólica, romana se ensiñorea del corazón de los europeos, asiáticos y africanos. El vasto mar Mediterráneo era como un inmenso estanque, como un soberbio lago puesto en medio de la gran familia cristiana.

Desde las aguas que bañan las vertientes del Cáucaso, hasta las olas que encrespadas intentan escalar las rocas del Abila y Calpet; desde la embocadura del Nilo, hasta el puerto de Venecia, las naves

cristianas eran llevadas como en triunfo en dulces ondas de un mar, que parecia ufano de ver pasearse majestuosa por sus dilatadas llanuras azuradas la Cruz del que redimió al mundo. Asia, Europa y África eran tres hermanas, que entretreñían, placenteras, guirnaldas de flores y coronas de laureles al anciano, que desde Roma las sostenía con su grave ascendiente, las defendía con su autoridad, las hacía engrandecerse bajo su paternal égida.

No duró, empero, mucho, felicidad tanta. El veneno de la herejía emponzoñó casi todo el Oriente y mucha parte de la Europa; el África desapareció del mundo culto y cristiano, más por el tiránico poder de las pasiones brutales, que bajo los recios golpes de la cimitarra musulmana. Más tarde, el cisma, separó la Grecia; y por fin, hace pocos siglos, el protestantismo destruyó una gran parte del Occidente. En medio de esta defecion tan sensible al corazón del gran Padre de familias, la España, aunque fuertemente combatida en todos sentidos, ha tenido la dicha de conservar en su seno pura é ilesa la sacrosanta fé católica. El santo rey, cuyos cultos celebramos hoy, ha sido uno de los más ilustres mártires de nuestra santa fé, inmolado al furor de los arrianos, que por desgracia eran poderosos en aquella época. Su muerte nos valió la conversion de los godos al catolicismo. Su martirio fué, pues, á un tiempo, golpe de muerte dado al arrianismo de España en los eternos decretos, y sello divino que abrió una nueva era religiosa para nuestra pátria.

Mucho ocurre que decir al orador cristiano al hacer el panegirico de un Santo, que por tantos titulos nos interesa. Me ceñiré á hacerlos ver, que Hermenegildo, sobreponiéndose á todo respeto humano de carne y sangre, ofrece y dá su vida por la defensa de la santa fé católica, abriendo con su martirio una nueva era religiosa á nuestra pátria con la milagrosa conversion de los godos al catolicismo. Imploremos ántes los auxilios del Cielo. *A. M.*

Difícil seria hallar asunto más tierno, más patético, más sublime, ni más interesante para un discurso sagrado, que la vida, padecimientos, santidad y martirio de S. Hermenegildo. Un vástago de la nobilísima raza de los godos: un jóven, á quien su padre, rey, habia hecho participante de las riendas del gobierno; un esposo, cuya augusta compañera reunía á una lozana juventud, á una hermosura rara, á las más relevantes prendas naturales, la piedad más tierna, la más sólida virtud, y una profesion la más heróica y decidida de la santa fé católica. Todavía más: un padre tierno, que habia hecho del fruto de bendicion de su esposa sus más inocentes delicias; un hijo

sumiso á su padre, el rey; un hermano, que amaba tiernamente al que por tal le dió la Providencia, y que habia de ser aquel cuyo nombre habia de formar una época brillante en los fastos de la Iglesia española. Todo esto tenemos en Hermenegildo. Prosigamos: un joven príncipe amado de sus súbditos, convertido sinceramente á la santa fé católica por su esposa Ingunte y el santo obispo Leandro, hecho el objeto de la ira más implacable de su padre, perseguido por él, llevado de un fanatismo arriano, obligado á tomar las armas contra el que le dió el sér y contra su propio hermano; vencido, y atormentado, y, finalmente, mandado matar por su propio padre. Hé ahí, católicos, las diferentes fases que nos presenta una vida corta, pero muy fecunda en lecciones para la posteridad.

Con la paz de la Iglesia en tiempo del gran Constantino, la religion católica echó profundas raíces por todo el imperio. Respecto de nuestra España, la fé y el culto divino se extendieron tanto por todo lo que entonces comprendian las provincias españolas, que en todas ellas, desde las más populosas ciudades hasta los caseríos más retirados en los bosques, la santa y verdadera religion era, no solo creída sino practicada con una edificacion que asombraba. Véanse las primeras asambleas eclesiásticas españolas; véanse con detencion las actas de los primeros concilios de Toledo, Tarragona, Praga, Zaragoza, Astorga, Sevilla, Valencia y Gerona; méditense las paternales cartas de los santos papas Cirilo y el gran Leon á los ilustres Hincmaro de Tarragona, y Toribio de Astorga; consúltense los monumentos de la Iglesia hispana del cuarto y quinto siglo; y se verá con asombro, una jerarquía y una administracion eclesiástica, que han pasado á ser el modelo más acabado que la Iglesia romana nos presenta en sus superiores decisiones; se verá con asombro y edificacion, un clero compuesto de sacerdotes santos; se verá con júbilo, una asamblea de fieles unidos entre sí con los más estrechos vínculos de la caridad, exhortándose unos á otros al bien, edificándose mutuamente con ejemplos de virtud. Tales frutos de bendicion atrajeron desde el Cielo sobre la pátria que les vió nacer los Vicentes, las Eulalias, los Hemeterios y Celedonios; las Justas y Rufinas, los Acisclos y Victorias; los Innumerables mártires de Zaragoza, y los miles y miles que vertieron generosos su sangre por toda la España.

En el imperio de los godos tuvo nuestra pátria la desgracia de ver en su seno al arrianismo, que ántes no conoció; sin embargo, caeciendo de arraigo en un suelo que le era antipático, solo dominó las cabezas del estado, y en los magnates del gobierno. Aunque felizmente no podia naturalizarse entre nosotros, sin embargo, el ejem-

plo de los reyes godos, arrianos entónces por funesta tradicion, causaba no pequeños males en el afligido pais que dominaban. Uno de ellos, Leovigildo, dió muestras de mayor celo por su infernal secta. Á pesar de haber casado con una española, noble y santa, y hermana de cuatro santos, lumbreras de España, el ciego esposo no abre los ojos á tanta luz como en torno suyo brillaba. Dióle, empero, una sucesion que no merecia él; pero que Dios otorgó sin duda á los ruegos y virtudes de su esposa Teodora. Hermenegildo y Recaredo fueron los venturosos frutos de esta union. Su madre, muerta cuando todavia eran muy niños, recibieron éstos con la educacion paterna los principios y doctrina del arrianismo; y esta mala semilla, sembrada en sus tiernos corazones, dió en ellos, cuando jóvenes, los frutos de la herejía. Su madrastra, Gosvinda, segunda esposa de Leovigildo, acérrima sectaria de los arrianos, arrastrada por un diabólico celo, se esforzaba en inocular en el ánimo de ambos el fatal veneno. Nuestro Hermenegildo tuvo, pues, á lo que parece, la desgracia de ser arriano en los primeros años de su juventud.

Pero Dios, que lo tenia destinado á ser un ilustre mártir y confesor de la fé, dispuso que, por una combinacion extraordinaria, Hermenegildo casase con Ingunte, princesa católica, de brillantes cualidades, y sobre todo piadosísima, hija del rey de Austrasia en las Galias. Era nieta materna de la obeeada Gosvinda, pero de muy diferente creencia, como acabais de verlo. En lugar de encontrar Ingunte en Gosvinda una tierna y compasiva madre, solo halló una tirana y una rival: no podia sufrir ésta que su nieta fuese católica, y sobre todo tan piadosa. Decide al rey su esposo á que aleje de su casa á Ingunte y á Hermenegildo. Leovigildo, por ciertas razones sociales hasta ahora no bastante conocidas en la historia, dividió sus estados entre sus dos hijos: señaló la Bética, y á lo que parece, toda ó parte de la provincia cartaginense á nuestro Hermenegildo, el cual se instaló en Sevilla con su esposa y un niño. ¡Ah, católicos, y cuán cierto es, que el Señor hace servir á sus sagrados designios los planes torcidos de los hombres! Este alojamiento de la casa paterna fué para nuestro Santo el medio de que Dios se valió para hacérselo enteramente suyo. Apénas instalado en Sevilla nuestro Santo, Ingunte su esposa tiene toda la libertad que deseaba para persuadir á su marido se hiciese católico. Hallábase á la sazón en Sevilla de obispo católico el gran S. Leandro. Ingunte suplica al prelado venerable, que procure la conversion de Hermenegildo, que lo hable, le persuada, le enseñe, le ilumine. Esta admirable mujer no cesa de instar á su esposo, que vaya á ver al santo obispo, que le consulte, le comuniqué sus dudas, le abra

su corazón, y reciba en fin de sus mapas la santa reconciliación. El celo de Ingunte lo allana todo, lo facilita todo. El venerable Leandro se presta con indecible gozo á la conversión del primer vástago de los reyes godos en España; habla á Hermenegildo, le escucha, le persuade, le convence, le exhorta, y por fin logra cautivar su corazón. Hermenegildo, al principio vacilante, comienza á sentir dentro de su pecho los efectos de la divina gracia; experimenta un atractivo notable hácia la verdad; esfuerzase en conocerla, en examinarla, en apoderarse de ella. Luchan en su interior las preocupaciones de la primera edad, la tradición de familia, el respeto y amor á su padre; sin embargo, era preciso decidirse... la duda no era posible... un rayo de celestial luz descendiendo, y vá á penetrar dentro de su alma, y desde este momento las dudas desaparecen, las preocupaciones se disipan, la seguridad nace en su corazón. Leandro tiene el inefable consuelo de recibir en el seno de la santa Iglesia católica á este rey, descendiente de reyes. Hermenegildo, santamente regenerado, es un nuevo hombre; siéntese con un vigor divino; practica puntualísimamente las observancias de la santa religión católica; es amado de sus nuevos vasallos, temido de sus enemigos, respetado de todos.

Apénas la cruel y fanática Gosvinda supo la conversión de Hermenegildo, y los progresos que el catolicismo hacía en las provincias que él gobernaba, y el afecto con que todos sus súbditos lo veneraban y amaban, montó en cólera el ánimo del rey Leovigildo, el cual, incitado por el fanatismo arriano de su esposa, concibió los más negros designios contra su propio hijo Hermenegildo. Declaróle desde luego una guerra atroz y á muerte. Auxiliado por el rey de los suevos en Galicia, á quien tuvo la maña de engañar y atraer á su partido, entra por los estados de su hijo con un poderoso ejército. No hay dictério bajo con que no calumnias la santa conducta de Hermenegildo. Como si sus entrañas de padre se hubieran cambiado en entrañas de fiera humana, pregona en todas partes á su hijo como rebelde á la autoridad paterna, como menospreciador de las leyes, como hipócrita orgulloso, que cubría los más negros proyectos con capa de religión. Esto y mucho más decía contra el inocente y justo hijo del desapiadado padre. ¡Funesta ceguera, efecto deplorable de una pasión herética! ¿Y cuándo no fué ciega é injusta la herejía? ¿Y cuándo no calumnió el espíritu del error á la verdad? ¿Y cuándo no la persiguió con furor? Pocos años había, Leovigildo es todavía el padre más tierno, el rey más prudente, el jefe más discreto, indulgente, manso. Ama tanto á su propio hijo, que le pone en posesión de una parte de su reino, mucho ántes que las leyes y la naturaleza le ha-

masen á él por derecho. Le había dado ántes por esposa la propia nieta de su segunda mujer, doncella honestísima, de real alcurnia, y católica fervorosa. Nada podía hacer presentir que el corazón de Leovigildo cambiaría, cuando su cabeza venerable, cubierta de canas, anunciaba una muerte no muy lejana. ¿Cómo, pues, pudo trocarse de tal suerte este corazón de padre en el de un desapiadado tirano? ¿Qué resortes se tocaron? ¿Qué se puso en movimiento? ¿Qué diabólicas mañas intervinieron y se pusieron en obra? Propúsose Gosvinda hacer suyo á toda costa el corazón del demasiado condescendiente Leovigildo: no hay maldad que no le sugiera á su marido; no hay perversidad que no le inspire; no hay capciosidad de que no se sirva para atraerlo á sus depravados designios. Engañosas lágrimas, traidoras palabras, atroces calumnias, emplea Gosvinda con arte diabólica.

Leovigildo, empero, se reconoce padre; amaba á su hijo Hermenegildo; conocía en él prendas que lo hacían muy digno de sus más finas demostraciones para con él. Por otra parte, el fanatismo arriano estaba inoculado en sus venas; cual ponzoña había secado su corazón á todo tierno afecto religioso. Era dominante, quería ante todo ser obedecido; y luchando entre el grito de la naturaleza, que le llamaba padre, y las malignas sugestiones que le incitaban á ser tirano, escribe á su hijo una larga carta, en la cual dá á entender claramente, cuán engañado vivía respecto de las miras de Hermenegildo, y cuán ciego instrumento era de la envidia de Satanás y de las maquinaciones de la herejía. Conjuraba á su hijo á renunciar á la santa fé católica y abrazar de nuevo la arriana; convidábale con el amor de padre y la liberalidad de rey en caso de acceder; amenazábale con la guerra, con la pérdida de sus estados y aún de su propia vida en el caso contrario. Nuestro Hermenegildo lee la carta con lágrimas en los ojos y congoja en el corazón. No las amenazas de la guerra, no la pérdida de sus estados, no la muerte misma son las que se las hacen verter: las que corren por sus mejillas son lágrimas de dolor nacidas del amor. Por una parte, su corazón de hijo ama tiernamente á su padre; por otra, la obcecación y rebeldía contra Dios del padre parten de sentimiento el corazón del hijo. Hermenegildo es además cristiano; es rey. Como cristiano, todo debe ceder en su corazón á Dios; como rey, el bien de sus vasallos sobre todo, después de Dios. Lucha terrible, angustias de muerte, trance apretado del que no puede salir entero, sano. La voz de la religión le manda sacrificar á Dios todo lo que no sea Dios, todo lo que no venga de Dios. La conciencia de príncipe rey le manda sacrificarlo todo al espiritual provecho de sus

súbditos, á mantenerlos fieles á Dios á costa del mayor de los sacrificios. El corazón de hijo no puede hacerle olvidar lo que debe á su padre, lo que ama á su padre. Trata, pues, de conciliar todos estos intereses haciéndolos todos unos. Se cree todavía con derecho sobre el corazón de su padre; su celo de cristiano y su amor de hijo le inspiran el escribirle una carta atenta, moderada, pero firme, confirmando su convicción sagrada, y tratando de persuadirle su conversión en términos, tan expresivos y convincentes, que pudieran, no solo interesar al corazón de padre, sino ilustrar y convencer á la conciencia de rey.

Pero ¡ah, católicos! cuando la herejía ha echado profundas raíces en un corazón, ¡cuántas veces se hacen inútiles los toques de la gracia! Leovigildo lee la carta con fría indiferencia: muy lejos de mostrarse sensible á los avances del hijo, se siente como herido en su orgullo por la constancia del héroe. Ya no es un padre; es un rey, y rey orgulloso, y rey despótico, y monarca resentido, que quiere vengar lo que se quiere figurar ultraje, lo que se quiere imaginar rebeldía. Hace mil y mil aprestos militares, contrae alianzas poderosas, mintiendo su fin, calumniando al inocente Hermenegildo. Se propone acabar con el catolicismo en España, si no de una vez, en muchas. Ved ya el triunfo de Satanás sobre el corazón de Leovigildo. Reune Leovigildo tropas escogidas, numerosas, decididas. Entra por los estados del príncipe Hermenegildo. Logra sin dificultad apoderarse de la persona de éste, valiéndose para ello de una perfidia, de un engaño. Apoderado de la persona de su hijo, enciérralo en el oscuro calabozo de una torre; hácele sufrir toda suerte de vejaciones, amenázale de nuevo con muerte próxima si no reniega de la fé católica y se agrega de nuevo á la herejía. Prométele reintegrarle en todos sus derechos, asegúrale su amor de padre y su liberalidad de rey si accede á sus súplicas, y si entra en la comunión herética. Nuestro Santo, que como impávido fiel católico ya no vivía en sí sino en Dios, le responde con dignidad y firmeza, que sus deberes para con Dios no le permiten escucharle como padre ni como rey, cuando se trata de hacerle faltar á Dios. Como rey y príncipe, le dice que sacratísimos deberes le habían impuesto la necesidad de defender á sus súbditos, y de preservarlos de los enemigos de nuestra santa religión. Como hijo, sentía dividirsele el corazón al pensar que había tenido que ponerse á la cabeza de un ejército contra otro, á cuyo frente estaban su padre y su hermano Recaredo. De muy buena gana hubiera querido evitar una guerra, cuyo resultado era la division de corazones en una misma familia, destrozarse ramas de un mismo tronco.

Encomienda á Dios la defensa de su causa, y prepárase á sufrir con alegría cuantos padecimientos le tenga reservados aquel Señor cuya santa religión defiende. Ni aún con tales demostraciones se ablanda el corazón de Leovigildo: llega la Pascua; envíale un obispo arriano á la cárcel para que de él reciba la comunión sacrilega; exhórtale este obcecado ministro, y le ruega evite una muerte desastrosa obedeciendo al precepto del anciano monarca. Hermenegildo se niega abiertamente á crimen semejante. Sálese el infeliz prelado de la cárcel para dar cuenta á Leovigildo de la constancia de Hermenegildo, é inmediatamente envía Leovigildo un satélite que vaya á cortar la cabeza de su propio hijo. ¡Crimen atroz, que horroriza á la naturaleza entera! Nuestro Santo, que desde la salida del prolado arriano esperaba por momentos el martirio, se hallaba en oracion cuando el verdugo desapiadado llega á su prision, y allí mismo ejecuta bárbara y atrozmente la orden cruel de Leovigildo. Hermenegildo es muerto; el Cielo lo recibe en su seno como santo. Va á recibir de Dios la recompensa de su martirio; celestiales inteligencias vienen á cantar sus glorias al héroe que, sobreponiéndose á todo respeto de carne y sangre, ofrece y dá su vida por la defensa de la santa fé católica. Veamos rápidamente, cómo este ilustre martirio abrió una nueva era religiosa á nuestra patria con la prodigiosa conversión de los godos al catolicismo.

Obsérvase en la marcha ordinaria de la Providencia, que la sangre derramada por la defensa de la justicia, que las vidas inmoladas por la verdadera fé, que las persecuciones sufridas por sostener los derechos del Señor, han sido como la última víctima de expiacion propiciatoria, que, lejos de atraer sobre el suelo, teatro de estos grandes y sangrientos sucesos, la cólera del Cielo, nos lo abren para hacer descender de él un abundante rocío celeste, que convierte este suelo árido, seco, ingrato, maldito, en una tierra escogida, fácil, fértil, en un vergel fresco, variado, fecundo. Este es un prodigio debido á la suprema y divina inmolacion en el Calvario. Desde que el justo ofrece sus padecimientos, su sangre, su vida á Dios, en desagravio de los ultrajes que contra él cometen sus hermanos pecadores, el Señor acepta este sacrificio, que santificando más á aquél por la perfeccion de la caridad, obtiene el perdon de éstos. Así, tres siglos de persecucion, de sangre y de muerte de victimas puras, consiguen para la Iglesia la hermosa era de paz universal para sus hijos. Hacia el año de 583 comenzó á anublarse el horizonte español, hasta entonces claro y limpio respecto del culto al verdadero Dios en la santa fé católica. Leovigildo, de corazón dañado y entendimiento per-

vertido, como lo acabais de ver, declaró una persecución atróz á los católicos. Tormentos, públicos azotes, mutilaciones, barras de fuego, todo fué empleado á profusion por los bárbaros satélites del cruel Leovigildo contra los católicos. Más de un año duró esta persecución. Muchas víctimas ilustres dieron glorioso testimonio de nuestra santa religion: en ella fué martirizado nuestro S. Hermenegildo, que fué la primera y la más ilustre de aquellas. Muy pronto vais á ver los felices resultados de su heroico martirio.

Los católicos, al saber la heroica constancia de Hermenegildo y su martirio, cobraron ánimo y se doblaron sus esfuerzos; en todas partes se presentaban gozosos ante los tribunales, al destierro, á las cárceles, al patibulo. Al poco tiempo enferma gravemente Leovigildo; siente su corazon oprimido de un peso enorme; á pesar de su ceguera, la memoria de su hijo Hermenegildo dura siempre y se conserva en su corazon; la sombra del inocente mártir le habia seguido por dó quiera; y cuando su término fatal se acerca, siente los más vivos remordimientos. Llama á S. Leandro, y le encomienda muy tiernamente á su hijo Recaredo, suplicándole ardentemente hiciese con él lo que habia hecho con el inocente mártir Hermenegildo; que lo convirtiese á la fé católica, á la cual, pronto á comparecer ante el tribunal del supremo Juez de vivos y muertos, reconocia por la verdadera. Un célebre autor, S. Gregorio Turonense, afirma, que lloró sus pecados y abjuró la herejía. La justa severidad con que nuestra santa madre la Iglesia nos prohíbe el anticiparnos á sus decisiones, nos impide, católicos, el que podamos fallar sobre la salvacion ó condenacion eterna de Leovigildo. Apenas Recaredo toma posesion del reino, se somete con la mayor docilidad y con magnánima humildad al ilustre S. Leandro. Este santo logra, que al décimo mes del reinado de Recaredo, en enero de 587, se convirtiese. Este triunfo fué debido al martirio reciente de su hermano Hermenegildo: este era el primer paso para la milagrosa conversion de todos los godos, que S. Gregorio Magno atribuye en términos expresos á los méritos del mártir rey.

Apénas Recaredo convertido, todos los prelados y clérigos arrianos, todos los próceres y magnates abjuraron la herejía; pero, con tanta efusion de corazon y con tanta fuerza de la gracia sobrenatural, que en el famoso y para siempre memorable concilio tercero toledano, monumento augusto de la católica España, y que forma el principio de la era religiosa más dichosa de nuestra patria, el rey, la reina, los prelados y clérigos arrianos, y todos los próceres que habian tenido la desgracia de seguir los errores de Arrio, en presencia de setenta

y dos venerables y santos obispos españoles católicos, de un gran número de próceres, de magnates fieles, de un crecido número de santos abades, entre ellos S. Juan el Biclarense, S. Eutropio, etc., y de un clero que acaba de pasar puro é ileso en la fé por el crisol de la persecucion, hicieron pública abjuracion de sus errores, firmando en su nombre y en el de todos sus representados la profesion de fé católica. ¡Qué espectáculo tan magnífico y consolador el de un rey poderoso, que reinaba, no solo en toda la extension actual de España y Portugal, sino en la vasta Galicia narbonense hasta mas allá de Nîmes; qué espectáculo, repito, tan consolador y sublime, el de verle rodeado de todo lo más ilustre de las Españas y Galia narbonense, y con lágrimas en los ojos y con un entusiasmo imposible de describir, leer en alta voz en medio de su gran familia, que lo escucha silenciosa, la profesion de fé católica, la más solemne abjuracion de la impia herejía! ¿Qué acto más augusto que aquel en que este gran rey, en el mismo concilio y rodeado de todos sus grandes y señores, se empeña con su augusta esposa, en nombre de todos los reyes sus sucesores, á profesar, practicar, defender la santa Iglesia católica, y á perseguir, y no permitir en sus estados el dominio del error y de la herejía? ¿Qué acto más imponente que el ver á la seguida de su rey, todos los próceres, magnates, candillos, magistrados superiores, jurar á la faz del Cielo y de la tierra, por sí y en nombre de sus esposas, hijos y sucesores, que sólo creerian, profesarian, practicarían y defenderian la santa religion católica; y que por sí y en nombre de todos sus sucesores prometen y juran, no permitir en sus casas y familias la herejía ni el error contrario á la fé sagrada? Este grandioso acontecimiento se pasó en la imperial Toledo, há más de trece siglos, y hasta ahora no se ha desmentido jamás. Acontecimiento único en los fastos del mundo. ¡Honor á la magnánima y constante nacion española!

Apénas se trascurre un siglo, y el inumundo mahometano se vale de una coyuntura favorable. Entra por Tarifa con enjambres de huestes africanas, cual torrente inunda la España. la sorprende, y sin más obstáculos que un simulacro de combate, la posee toda hasta las montañas de las Asturias y del Sobrarbe. No se preveía remedio humano; y Dios se estaba mostrando demasiado irritado contra nosotros para esperar treguas á la justicia. Pues qué, ¿la sangre goda no circula más por nuestras venas españolas? Pues qué, ¿la nobleza española desapareció para siempre? No, católicos; en un rincón de las Asturias ha podido sustraerse al furor del bárbaro africano un vástago real, el gran Pelayo, por cuyas venas corre todavia sangre del

mártir-rey y del gran Recaredo. Á su lado hay todavía algunos centenares de nobles, descendientes de aquellos ilustres próceres, que tanto ensalzaron sus nombres y su patria en la imperial Toledo. Pero ¿qué son algunos pocos cientos sin recursos, sin armas, sin dinero, sin hogar, contra tantos cientos de miles de bárbaros sarracenos, dueños de todo y ebrios de orgullo por la victoria? Pues bien; ¡oh maravilla de la gracia y de la omnipotencia divina! Esos trescientos fugitivos reunidos en Covadonga son españoles... y el verdadero español jamás contó sus enemigos cuando se trató de batirlos. Pelayo enarboló el pendon de la cruz, y cada paso que daba era un prodigio de más; y así de rey en rey, de prodigio en prodigio, se sostuvo por espacio de setecientos y más años esa lucha sangrienta, que principió en las rocas de Covadonga, y se terminó siete siglos despues en el alcázar de Granada. Todo esto fué fruto de aquella solemne jura de Recaredo y su córte; y esta jura fué una satisfaccion solemne y pública, y auténtica y nacional, que el divino Celador de la honra de sus mártires quiso se diese al rey mártir, Hermenegildo. Si, la España de los Hermenegildos, la España de los Leandros, la España de los Recaredos será siempre católica; el veneno de la herejía no la emponzoñará jamás.

Hermanos míos, por cuanto acabo de deciros admirareis conmigo y respetareis con la más profunda sumision los arcanos de la Providencia. Permitted ésta, que un rey prudente y muy arreglado en la administracion temporal de sus estados, se extraviase tan deplorablemente como nos lo muestra la historia, en asuntos de religion, que tocan ciertísimamente más de cerca al bien real de los súbditos que la paz temporal. Dios queria preparar á España las vias de una nueva y brillantísima regeneracion política y religiosa; Dios queria que en este pais de su predileccion las dos hermanas, ambas hijas del Cielo, la Religion y la Autoridad, reinasen de consuno para hacerla patria feliz para el Cielo y afortunada en la tierra. Preparó estas vias dándole por medio de una reina católica y virtuosa un príncipe mártir, y otro que seria el glorioso restaurador de la religion. Así fué, como lo acabais de ver. Tal vez en ninguna época haya tenido el cristianismo enemigos más peligrosos que en la que hoy atravesamos. Vivamos, pues, alerta y dispuestos á no desamparar nuestros puestos en el día del combate. Leguemos á nuestra posteridad intacto el depósito de fé, que hemos recibido en herencia de nuestros antepasados.

Y vos, ilustre santo, rey-mártir, glorioso S. Hermenegildo, que el primero en vuestra dinastía derramasteis vuestra sangre, y disteis

vuestra vida por la defensa y confesion santa de la sagrada religion católica, no dejéis de interceder por nuestra amada patria, para que el Todopoderoso la libre de caer en las asechanzas, que sin cesar le tienden los herejes y los impíos. Pedidle seamos firmes y constantes como vos en la fé, para que despues de haberla profesado y defendido en esta vida contra sus encarnizados enemigos, logremos gozar de lleno en compañía de los escogidos, de las eternas delicias de la Gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN HILARIO, OBISPO Y DOCTOR
DE LA IGLESIA.

Vos estis sal terrarum... Vos estis lux mundi.
Sois la sal de la tierra... Sois la luz del mundo.

(MATH. V, 13.)

No sin un misterioso designio dijo nuestro divino Maestro las palabras de mi tema á sus apóstoles, despues de haberles dicho, que serian bienaventurados cuando fuesen maldecidos y perseguidos del mundo por causa de Él. Todavía más. Antes de anunciarles que serian la luz del mundo, la sal de la tierra, les anima al combate, y háceles desear el pelear y padecer por su causa: «Alegraos y saltad de contento, porque abundante recompensa os espera en el Cielo.»

Quería, pues, enseñar nuestro Señor Jesucristo á sus apóstoles, que estando destinados á ser la sal de la tierra y la luz del mundo, en el plan de su divina providencia estraña, que pasaron ántes por el crisol de las tribulaciones. De este modo su fidelidad acrisolada los hacía aptos para ser la sal de la tierra, é infundiéndoles su divina doctrina, serian la luz del mundo.

Esto es lo que nos presenta la vida del gran Hilario, lustre de las Galias, lumbrera de la Iglesia universal, y una de las más firmes columnas de la santa fé católica, que defendió heroicamente cual lustre campeón, siempre dispuesto á sellar con su sangre lo que afirmaba con sus labios. De este héroe, de este santo tengo que hablarlos en este día. ¡Y en qué circunstancias, católicos! Cuando vemos la sociedad tan agitada, la gran familia humana tan dividida. Cuando vemos levantarse por el Oriente cristiano esos negros vapores de la impiedad filosófica, enmascarada con los nombres de socialismo y demagogia. Cuando no contenta con trastornar la base de la socie-

dad, intentando arrancarla de sus quicios, mete su mano sacrilega en el augusto santuario, y profesa no sé qué funestas teorías, cuyo solo anuncio es el presagio más fatídico.

Si, pues, útil y ventajoso es, el traer á la memoria de los jóvenes hisoños, que muy pronto han de entrar en la lid, los hechos famosos de los héroes, que en los siglos pasados sostuvieron con tanto lustre su noble causa, jamás será más oportuno el recordar con piadosa atencion la noble lucha, que, en defensa de nuestra santa fé católica, sostuvo el gran doctor de la Iglesia, Hilario. Me propongo, pues, hacerlos ver en nuestro Santo, el infatigable defensor de la santa fé católica, que reunta en si una santidad eminente: *vos estis sal terræ*; primera parte de mi discurso; y una ciencia prodigiosa, sobrenatural: *vos estis lux mundi*; segunda parte. Implorad conmigo los auxilios de la divina gracia: A. M.

Habiendo Jesucristo señalado á los ministros de su palabra, á los doctores de su Iglesia con los simbolos de sal de la tierra, luz del mundo, candela puesta sobre el candelero, ciudad edificada en lo alto de un monte; quiso significarles, la obligacion de elevarse por su conducta sobre el resto de los hombres, para que glorifiquen á Dios en su ministerio. Mas, para que pueda su doctrina ser luz para los fieles, menester es, que su conducta sea edificacion para ellos. Por esta razon dice el gran san Isidoro de Sevilla: «Santo debe ser en todo el que se ponga al frente de la instruccion y educacion de los pueblos.» La santidad de vida es, pues, la primera condicion de la divina mision del doctor de la Iglesia; y esto es lo que ante todo procuró el Santo cuyo culto celebramos hoy. Nacido en Poitiers de padres esclarecidos, pero envueltos en las tinieblas del paganismo, el jóven Hilario recibió una educacion brillante y esmerada, con el ánimo de colocarle en puestos elevados segun su rango. Sus costumbres fueron siempre muy puras, y su ingenio elevadísimo. Quería Dios llevarlo por grados al conocimiento de la verdad; y así, desde el principio le manifestó, que todos los sentidos juntos ávidamente satisfechos no pueden jamás dar al hombre la felicidad, ni aun calmar su corazon con la posesion de todos los bienes corpóreos y exteriores. Nuestro jóven principió á sentir dentro de sí un inmenso vacío; que nada de este mundo podia llenar; un deseo inefable, que nada de lo criado podia satisfacer. Así iba preparándolo el Señor; y en una ocasion en que consideraba el diluvio de males que inunda el mundo, y el instinto soberano, profundo y sublime que sentimos dentro de lo más íntimo de nuestro sér, en virtud del cual aspiramos

sin cesar á un bien supremo, á una felicidad inalterable, concluyó, que solo en la profesion seria, en la práctica franca, leal, exacta del cristianismo podía hallar con que llenar el vacío que experimentaba en su corazón.

Los absurdos de la idolatría chocaban á su penetracion recta y profunda; la unidad de Dios y su perfeccion ilimitada se le presentaban ya como evidentes, cuando la Providencia puso en sus manos los libros de Moisés y de los Profetas. En ellos encontró cuanto desahaba saber; é inflamado su corazón á medida que se ilustraba su entendimiento, no satisfecho con conocer y adorar al soberano Rey del universo, se propuso lograr su posesion con una vida pura y perpétua en que procurase imitarlo. La lectura del nuevo Testamento completó la obra, y acabó de disipar las dudas que las miserias humanas habian despertado en su alma. El misterio de la Encarnacion le dió esperanzas de unirse enteramente al Dios, que se revistió de nuestra carne, y ántes de oír hablar del simbolo de Nicea, entendió la consistencialidad del Verbo. ¡Admirable providencia del Señor en aclararle un misterio, del que un día habla de ser el más famoso é intrépido defensor! Instruido de este modo, abjuró el paganismo que siempre mirára con aversion, y recibió el bautismo con imponderable alegría, y con tal abundancia de gracia, que lo asemejaba desde el principio á los cristianos más perfectos. Ejercitose con toda decision y con heróico esfuerzo en todas las prácticas del cristianismo, santificándose de día en día de tal modo, que era mirado como un modelo de virtud y de perfeccion evangélica. Estaba casado; pero el que era casto y de costumbres rígidas en el paganismo, mucho más continuó siéndolo en el cristianismo. En el estado del matrimonio parecia adornado de las virtudes del sacerdocio: su obispo, viéndolo tan santo y ejemplar, le hizo entrar en las órdenes sagradas, que recibió con la mayor humildad, y ejerció con la mayor santificacion. Aunque costó mucho vencer su humildé repugnancia, recibió con santísimo temor el órden del presbiterado. Ya lo veis, católicos; el que estaba destinado á ser la luz del mundo, era ya sal de la tierra por su edificacion y conducta ejemplarísima.

Aconteció la muerte del obispo de Poitiers en este tiempo, y todo el clero, y todo el pueblo echó los ojos en nuestro sacerdote Hilario, que fué instituido canónicamente obispo de su pátria, á pesar de la prolongada resistencia del Santo. Eran entónces los obispos el blanco de las violencias y artificios de los arrianos: Hilario lo sabia; y al aceptar el cargo, se propuso santificarse más y más, renunciar á todo descanso, y oponerse como un muro contra los ataques de los here-

jes. Preparáse á las persecuciones, al destierro, á la muerte misma, con tal de preservar sus ovejas del pasto vedado, y anunciar, y defender, y proclamar valientemente la fé católica. Lleno de confianza, valor y firmeza, se aplicó á conservar el depósito de la fé que se le habia confiado, sin atender al favor ni á las amenazas de los hombres, consolándose con la promesa de Jesucristo, que llamó bienaventurados á los que padecen persecucion por la justicia. Muy en breve su nombre se hizo célebre en las provincias, y le atrajo las bendiciones de los fieles, así como el odio de los herejes.

La mayor parte de los prelados de las Galias, aplaudiendo su celo y admirando su santidad, comenzaron á considerarle, no tanto como á hermano, cuanto como á jefe; pero como era necesario que sus padecimientos fuesen públicos, á fin de darse á conocer sus eminentes virtudes por toda la Iglesia universal, permitió Dios que hubiese un obispo llamado Saturnino, que haciéndose fautor de la herejía de Arrio, persiguiese atrozmente á los católicos, tiranizándolos, y meditando cómo atraerlos á su partido. Valióse para ello el obsecado prelado de amenazas, artificios y violencias, mediante el poder y autoridad de los magistrados y oficiales del emperador Constancio, pervertidos los más de ellos, é infectos como su principe de las doctrinas de Arrio. Nuestro Hilario, lleno de un santo celo, se le opuso enérgicamente, y se separó inmediatamente de la comunión del hereje con muchos obispos. Saturnino, por vengarse, reunió un conciliábulo de sus partidarios, en el cual se lisonjaba establecer la impia herejía. San Hilario, no contento con resistir á los herejes, los denunció ante los católicos; pero la violencia de aquella maligna secta no le permitió hablar, y logró su deposicion, que el emperador creyó legítima, y lo desterró á Frigia. Nuestro Santo se llenó de un santo regocijo al ver, que, cual otro Pablo, podía llamarse prisionero de Jesús; pero sabiendo que ya libre, ya prisionero, ya en las Galias, ya en otra provincia del imperio podria predicar á Jesucristo y ganarle almas, no dudó que la divina Providencia le depararía en todas partes ocasiones de ejercer su ministerio evangélico.

Llegado al lugar de su destierro, como buen pastor, tenia una especial solicitud de su rebaño, que llevaba muy grabado en su corazón, y se resignaba con la mayor alegría y santa paz á las privaciones que padecía. ¡Ah católicos! una de las señales más visibles de la proteccion del Señor á favor de su Iglesia es esa admirable y humilde paciencia con que sin quejas, sin murmullos, sin ira ni el menor movimiento de venganza, ofrecen al Altísimo sus padecimientos; sin que ni los tormentos, ni las persecuciones, ni el odio de los enem-

gos de la Iglesia, ni aún la vista de la muerte misma les acobarde, ni retraiga un momento de cumplir en todo las voluntades del Señor. Nuestro Hilario, cual otro Pedro, decía á los enemigos de la santa fé católica: «Juzgad vosotros mismos si es justo delante de Dios, que por escucharos á vosotros abandonemos la causa de Dios. Nos es imposible no anunciar y no predicar lo que Él nos ha mandado predicar y anunciar.» Sin embargo, lleno de una prudencia celestial, y confiando en la bondad de su causa, escribió al emperador para justificarse de las calumnias de sus enemigos, más bien por cumplir con sus deberes, que por persuadir á un príncipe á quien dominaba el odio inveterado contra los católicos. Escribió también á los obispos de Francia, los cuales estrechamente unidos con él, á pesar de la distancia, y acompañándole con el espíritu en sus trabajos, estorbaron que su silla fuese ocupada por otro.

¡Hermosa perspectiva, católicos! Hilario, en el rincón de su destierro, aparece más grande á la Iglesia entera, y las Galias se unen todavía más estrechamente con él, cuanto más léjos lo arroja la persecucion. Con harta razon, pues, pudo decir al emperador Constancio, que aunque separado de su Iglesia, cada día distribuía á sus ovejas la sagrada comunión por medio de sus sacerdotes. Consolábase el ilustre confesor de la fé con la noticia, de que sus exhortaciones y ejemplos sostenían el valor de sus hermanos, al paso que veía con dolor la deplorable situacion de las iglesias del Asia, en donde apenas se conservaban vestigios de la fé ortodoxa, reinando por todas partes el escándalo, el cisma y la perfidia. Con sus ejemplos y santas exhortaciones edificó en gran manera las iglesias de la Frigia, y atrajo muchas á la unidad de la fé y comunión católica. Y habiéndose mostrado verdaderamente como sal de la tierra, el Señor quiso que brillase igualmente como luz del mundo.

La Iglesia, sociedad visible, es esa ciudad mística situada en la cima del monte, patente y expuesta á las miradas del mundo. Como tal, necesario es, que aparezca grande y magnífica; que brille en el seno de la humanidad como un fanal divino, inmenso, que esparza sus rayos de un polo al otro; y que al mismo tiempo que alumbré, caliente los pechos helados. El género humano yacía despues de cuatro mil años en espesas y mortíferas tinieblas. La ignorancia de la verdad y las pasiones ofuscaban de tal suerte el entendimiento del hombre, y habían corrompido su corazon á tal punto, que teniendo ojos, no veía; teniendo oídos, no oía; teniendo un entendimiento, no sabía entender; y teniendo un corazon, no sabía amar; y teniendo boca, no sabía hablar. Y sin embargo, el hombre había nacido para

la luz, y la luz era la verdadera vida del hombre; y la vida, esto es, el que es la vida, debía ser la luz de los hombres; y la vida, que es Cristo, vino para alumbrar á todos los hombres, y darles á conocer á su Padre, á Él mismo, Hijo unigénito del Padre, y al Espíritu Santo de ambos procedente; vino á hacerles amar y servir á su Padre; vino á enseñarles á adorarle en espíritu y en verdad. Si, pues, Cristo era luz, y luz que debía alumbrar á todo el género humano, la Iglesia había de ser, necesariamente, continuo reflejo de esta divina luz; reflejo celestial, que debía lucir perpétuamente entre las tinieblas. Y ved por qué Jesucristo dijo á sus apóstoles: «Vosotros sois la luz del mundo. Brille pues vuestra luz ánte los ojos de los hombres, cual fanal colocado en la cúspide de una elevacion, de manera, que vean vuestras buenas-obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos.»

Hilario, despues de haberse labrado á si mismo para ser la sal de la tierra por medio de su santidad, sintiéndose movido de la divina gracia y sostenido por una fuerza inflexible, no duda combatir el error dó quiera que se presente, y cualquiera que sea la capa con que se cubra. El error es el veneno de la doctrina, porque es la muerte de la verdad; y una doctrina sin verdad es un cuerpo sin alma, un cadáver que se descompone por la corrupcion. Hilario echa una mirada por toda la vasta superficie de la Iglesia: con su vista mucho más perspicaz y valiente que la del águila, mide en un momento las inmensas distancias que la componen, y ve que hombres malévolos, espíritus descarriados, satélites del demonio, siembran por todas partes la discordia, y propagan el error. El arrianismo es ese monstruo del averno, esa hidra de siete cabezas, esa secta infernal, que rebelándose contra la cabeza suprema, el Vicario de Jesucristo, hace fiero alarde de enseñar una doctrina tenebrosa, injuriosa al mismo Dios. Se resuelve, pues, á declararle guerra á muerte, aún á costa de la suya. Comenzó la santa lucha con descorrer el velo hipócrita con que se cubría Saturnino, obispo de Arlés; le condenó y excomulgó. No cesó de defender la fé católica en muchos concilios que celebró, ó á los que asistió, siendo así una de las columnas de la verdad.

Prisionero y desterrado en Oriente, trató de reformar primero las costumbres, porque sabía que por la corrupcion de éstas principia la herejía. Principió á los dos años de su destierro y cuando hubo sondeado el terreno que pensaba recorrer el resto de su vida, empezó á publicar varios tratados. Se celebraron entónces dos concilios famosos, por disposicion del emperador Constancio; uno en Rimini, en Italia, en el cual fueron tales los amaños y capciosidad de los

arrianos, que muchísimos obispos católicos se dejaron sorprender por aquellos. El otro concilio se celebró en Seleucia, en el Asia menor. Hilario, aunque desterrado, tuvo que asistir á este concilio. Fué recibido con extraordinarias muestras de veneracion; justificó á los obispos de las Galias, sus paisanos, de la nota de sabelianismo; declaró vigorosamente contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, y frustró las asechanzas de sus enemigos, que eran casi todos los miembros del concilio; de tal modo, que los obligó á dividirse entre sí mismos. Obtuvo muchos y muy señalados triunfos sobre los herejes. Defendía la doctrina católica sin temer ni las asechanzas hipócritas de unos, ni la maliciosa tiranía de otros. En medio de tantas turbaciones hizo mucho bien á las iglesias de Oriente, siendo en verdad para ellas un verdadero maestro y defensor de los fieles, y llenando así su mision providencial de doctor de la fé católica. Allí escribió los doce famosos libros de *Trinitate* contra los arrianos, en donde expone la doctrina católica con una elegancia y precision admirables. No pudiendo los arrianos sufrir por más tiempo la presencia de nuestro Santo en Oriente, suplicaron al emperador lo hiciera regresar á su obispado; y así volvió á Poitiers el generoso campeón de la fé enviado por los enemigos de ella, como se restituyó á Israel el Arca del Testamento por disposicion de los filisteos. Su viaje fué un continuo triunfo, que el Señor quiso hacer más ilustre con asombrosos milagros. En la marcha, y pasando por la Hungría, se le reunió como discípulo S. Martin, tan célebre en la Iglesia.

Luego que Hilario se vió en su silla, trató de reparar los escándalos causados por el concilio de Rimini: lleno de celestial prudencia, y valiéndose del grande ascendiente que le habian adquirido sus persecuciones y conferencias con los herejes y sus escritos, propúsose desde luego valerse de medios suaves, como habia hecho San Cipriano en Cartago y S. Cornelio en Roma con otros herejes; segun el consejo del Apóstol ayudó á levantar á los caidos en vez de emplear contra ellos la severidad de los cánones. Juntó muchos concilios, y con sus exhortaciones, sus escritos y conferencias consiguió, que el mayor número de obispos engañados, amedrentados ó corrompidos, reconociesen y detestasen su error; logró que se reprobase lo hecho en Rimini, y que fuese depuesto canónicamente Saturnino, fautor de tantos males. Pero no bastaba para calmar el celo de Hilario el que tranquilizase las Galias, y restableciese en todas partes la disciplina y la unidad de la santa fé y comunión católica: la Italia necesitaba todavía de más sollicitud. Pasó, pues, á esta region, y con

su celo y doctrina aterró á los perversos, y logró la conversion de muchos á la comunión católica. Arregladas las cosas de Italia, y habiendo puesto en claro la impiedad é hipocresía de Auxencio, intruso obispo de Milán, se volvió á su patria.

Dos años, poco más ó ménos, sobrevivió á su segundo regreso á Poitiers: empleólos como toda su vida en escribir en defensa de la doctrina católica á varios prelados de la Iglesia, y en refutar los errores de todo género. Sus escritos, sin ser muy numerosos, contienen, sin embargo, la exposicion más clara, más enérgica y más sólida de la doctrina del misterio de la Trinidad: han sido mirados en todos tiempos con tanto respeto, que S. Gerónimo los proponia ya como el testimonio más fiel de la doctrina católica; y escribiéndole á Leta, le exhortaba á leer los tratados de Hilario, como la exposicion más clara, sucinta, pura, elegante y ortodoxa. Por fin, lleno de méritos y de virtudes, y despues de haber luchado incesantemente por conservar ileso el depósito de la sagrada doctrina; despues de haberla expuesto en sábios comentarios; despues de haber sido la luz del mundo para los infieles y herejes; despues de haber edificado á toda la Iglesia con su santidad é incorrupcion; lo llamó el Señor á la Gloria el 13 de enero del año 369.

Bendigamos, hermanos míos, al Padre de las misericordias, por haber dado á su Iglesia en nuestro Hilario, un gran santo, que preservará de la corrupcion á las almas fieles, como misteriosa sal de la tierra, y un doctor ilustre que iluminará al mundo con sus escritos. Él, desde el Cielo, intercede por su Iglesia y por nosotros, para que librándonos el Señor Dios Todopoderoso de la corrupcion del pecado y de las tinieblas del error, salgan nuestras almas puras y santas á apacentarse del amor divino y de la verdad eterna en la bienaventuranza de la Gloria, que es deseo.

PANEGÍRICO
DE SAN HIPÓLITO, MÁRTIR.

*Quiescere faciam superbiam infidelium,
et arrogantiam fortium humiliabo.*

Pondré fin á la soberbia de los infieles,
y abatiré la arrogancia de los fuertes.
(ISAÍ. XIII, 11.)

El deprimir el orgullo y humillar la arrogancia de los infieles, satisfaciendo gloriosamente la verdad del profético vaticinio, no era empresa para las fuerzas humanas, á no verse auxiliadas de una celestial virtud, que las habilitase para poder alcanzar un favorable éxito. Celebraba el gentilismo; y á la ciega credulidad de los pueblos, torpemente envueltos en sus tinieblas, recordaba los ilustres nombres de algunos héroes, que ya por hechos esclarecidos, ya por su valor, ó por otras circunstancias de que creían estar adornados, figuraban pomposamente en las memorias que debían pasar á la posteridad.

Algunos de sus critico-filósofos más eminentes se empeñaban, inútilmente, en querer demostrar á aquellas naciones incircuncisas, que de todas las notables acciones atribuidas á aquellos personajes, unas eran exageradas, y otras increíbles y mentidas. También querían persuadir los filósofos á la multitud, que tanto los triunfos de los héroes de sus historias, como el desprecio que hacían de las riquezas y de los placeres, no fueron en realidad otra cosa sino sacrificios al ídolo de la gloria, ó mejor dicho, al objeto de una pasión insensata y dominante; y que los sábios, los valientes y los magnánimos tan ponderados en sus historias, si llegaron alguna vez á parecer tales, no alcanzaron á poseer más que el nombre y la sombra de las virtudes que tanto alababa el vulgo. Empero, la justa celebridad de descubrir la vanidad y la mentira de opiniones tan arraigadas en el vulgo pagano, no ménos que el mérito de humillar la soberbia

de sus secuaces con pleno é irrefutable convencimiento, estaba reservado á la nueva ley de gracia y á Jesucristo.

Con efecto; no bien del uno al otro hemisferio resonaron las trompetas del Evangelio, cuando brillando su doctrina en el alma de los hombres se entregaron gozosos á practicarla; y elevándose á un estado superior á las condiciones comunes, por el abandono que los mismos hombres hacían de sus hondas malas costumbres, formó muchos y verdaderos héroes dotados de virtudes sobrehumanas é invencibles, probadas y experimentadas en grandes peligros, y en cuya comparacion quedan confundidas y aniquiladas las mayores y más ponderadas virtudes atribuidas por el paganismo á sus falsos dioses. En lugar de hablarlos de tantos y tantísimos espejos y ejemplos de almas generosas é imperturbables en las vicisitudes y azares de la vida, formadas en la escuela del Evangelio, y tanto más ilustres, cuanto que están provistas de divina gracia para poder anoadar á cualquier secta enemiga; yo hago ánimo de que lo toque hoy el turno para presentar solemne y espléndida muestra de sus insignes virtudes al glorioso mártir S. Hipólito.

Lleva este Santo el nombre de un héroe, celebrado ya en las historias paganas, el antiguo Hipólito. La caprichosa fantasía de los poetas, ó la servil adulacion de los historiadores, trastornó á tantos pueblos con sus escritos llenos de flores y frases supérfluas tan paganas como ellos; los cuales encareciendo siempre con la mentida semblanza de virtuosos á los idólatras, aumentaban la jactancia de aquellos que profesaban el mismo falso culto. La Iglesia de Jesucristo dispuso las tinieblas del error; y elevando triunfante el sublime estandarte de la cruz, con solo poner delante de la gentilidad á nuestro invicto mártir, logró reprimir la repugnante idolatría: *Quiescere faciam superbiam infidelium, et arrogantiam fortium humiliabo*. En Hipólito, la Iglesia presentó un verdadero héroe, contraponiéndole al héroe falso de los gentiles. Un héroe, sí, de excelsa grandeza de alma, que menospreciaba todos los bienes que más suelen apelecerse en la tierra; un héroe de maravilloso valor y constancia para resistir los más formidables males; y héroe en fin, verdaderamente glorioso, por la adquisicion de tan celestial honra. Caracteres todos atribuidos por el fanatismo y el error al Hipólito pagano, pero que, en nuestro santo campeón de la fé son claros y manifiestos. Os lo demostraré despues de haber pedido los auxilios de la gracia: A. M.

Los paganos, con el vano propósito de colocar entre los héroes inmortales á su Hipólito, y proponerlo como despreciador de honores

y riquezas, habian establecido, que el mencionado principe, hijo de Teseo y de Hipólita, reina de las amazonas, tenia por viles y despreciables las riquezas y los honores inherentes á su alta jerarquía; siendo inflexible como el durísimo mármol á las incestuosas lisonjas de Fedra, su madrastra, y atento y únicamente consagrado al culto de la casta diosa de las selvas, á cuyo fin corría de monte en monte y de selva en selva cazando fieras. Ahora bien; sin relatar aquí el fárrago de falsedades que añaden á las ya dichas, y sin tratar yo de demostraros lo falso é inconsecuente de las virtudes de un corazon en el cual no recibe culto Dios, para confusión de los idólatras voy á presentáros á otro Hipólito, el cual, abriendo los ojos á los primeros albores de la fé, allí donde con más fuerza impera el culto impio de los falsos dioses, hablo de Roma, ostenta tal grandeza de alma cual en el griego y pagano héroe no llegó á ver la gentilidad, ni pudo siquiera fingir con ningún arte. El prefecto de las milicias imperiales, vicario de Roma y amado del monarca, confia á su cuidado y vigilancia la guardia y celosa custodia del encarcelado Lorenzo. Hipólito penetra en el calabozo donde está arrojado el valiente soldado de Jesucristo; habla con Lorenzo, le oye descubrir la causa por la cual encuentra agradables y suaves sus cadenas. La gracia le aguarda en este paso para ejecutar con celeridad los sublimes designios formados de su santidad. Lorenzo despliega los mayores atractivos, con los cuales sabe ganar los corazones á la santidad; y con sobrehumana elocuencia habla y prueba, que solo á Dios vivo, verdadero, Criador y Señor del universo, se debe culto y adoracion; y que por lo tanto, las turbas de falsos dioses ante los cuales Roma, engañada, inclina la frente é incensa sacrilegamente, no son más que demonios y maestros de falsedad.

Sigue despues instruyendo poco á poco á Hipólito acerca del último destino del hombre, le habla del Mesias prometido, el cual vino á redimirnos á tan inmenso precio; le anuncia su doctrina, prodigios, ejemplos, méritos, padecimientos y glorias; repitiéndole, que en solo su sacratísimo nombre se puede fundar la esperanza de obtener la gloria eterna. Hipólito le escuchaba con la vista fija y sin replicar una palabra. El generoso caballero abre su dócil corazon á la gracia, la cual obediendo á su natural impulso, borra en Hipólito toda indecision, haciéndole convertir de centinela en discípulo del prisionero. Con efecto, Hipólito pide con el mayor empeño ser inscrito, mediante el santo bautismo, en la nueva milicia de Jesucristo. Hé ahí á Hipólito cristiano.

La Iglesia, llena de júbilo, le recibe en sus brazos; y humedecido

aún por el santo Sacramento, lo presenta á los gentiles, vanos encomiadores del principe hijo de Teseo, y les invita á que aprendan en su nuevo hijo Hipólito lo que forma la verdadera grandeza de alma. No bien Hipólito, á la vivísima luz de la fé que abrazara, conoció á Dios sumo, en el cual únicamente se puede hallar la verdadera paz del alma, cuando inflamado en celestial ardor, se considera elevado á tal punto, que sus sentidos apenas le reconocen. Placeres, honores y todos los regalos de este destierro que llamamos vida, ya no los considera Hipólito sino como vanos y mentirosos ídolos. Muéstrase franca y abiertamente súbdito humilde de la ley del Evangelio, justamente cuando para abolirla, sin miramiento á ninguna clase ni condicion, afinidad de parentesco, méritos y servicios; edad ó sexo, se condenaba á los cristianos á inauditos suplicios; no creyéndose suficientes tormentos las fieras y los monstruos del África, ni las innumerables artes mortíferas inventadas por los hombres; cuando se levantaban patibulos en todas las plazas y calles, viéndose por dó quiera los cadáveres de los mártires. ¿Quién será capaz, no digo de explicar ni ensalzar, sino de imaginar simplemente la grandeza de alma de tal héroe? ¿Pudo ninguna pasion, entre tantas como halagan y dominan el corazon humano, subyugarle? Si en otra qualquiera persona, aunque sea de baja estirpe y escasa fortuna, estos solos hechos bastarian á elevarla muy alto, y á dar una elocuente prueba de una virtud que excede los limites de lo ordinario... ¿á qué grado no se elevaria la virtud de Hipólito? Recordad las eminentes dignidades que poseía: la prefectura de las milicias y el vicariato de Roma eran las supremas plazas; y de ahí se puede inferir la elevada posición de nuestro héroe y las muchas rentas de que dispondria; agregándose á todo eso su privanza con el César, el cual le distinguia de todos los demás privados suyos.

Atendido su nacimiento y educacion, Hipólito se hallaba ciertamente tan expuesto como el que más á experimentar los insultos, la befa é ignominia de los vituperios del pueblo; sin embargo, para guardar inviolable la fé quiso exponerse á ellos. Elevado ya á empleos notables, y en camino para adquirir otros mayores, renunció á todos ellos por la misma causa. Nacido y criado en la mayor abundancia y regalo, antepuso los inapreciables tesoros de la otra vida, de que le hablaba Lorenzo, á todos los bienes terrenales. Tratado con parcial benignidad por Valeriano, y seguro de que poseia su afecto y su gracia, se decidió á arrostrar el ódio y el furor del emperador, el cual tenia siempre prontos el hierro, el fuego y cuantos martirios inventara la barbarie. Luego, ¿no será verdadera grandeza de alma la de

Hipólito, cuando siendo observada ó vista por sus deudos y domésticos, no tan sólo llenó á éstos de asombro y maravilla, sino que queriéndole imitar se sintieron con deseos de recibir el bautismo? Si, grandeza de alma, que no nace de trabajos ni prolijos estudios, sino que es dón de un espíritu que todo lo puede; dón que recibió Hipólito apenas puso la planta en la divina escuela del Evangelio; grandeza de alma, de la que es excusado buscar en el paganismo un ejemplar, porque no se hallaría. Condene, pues, el pagano al silencio la mentirosa Grecia, que llenó la historia con tantas fábulas para exaltar á su héroe, porque, á despecho suyo, el nuestro sobrepujó con elocuentes hechos las artificiosas hipéboles de la imaginación.

Empero no basta, amados oyentes, humillar la soberbia de los infieles con la grandeza de alma que les demostró Hipólito, despreciando los bienes que más se desean. Para coronar el designio formado por Dios, era necesario, además, humillar la arrogancia que aquéllos tomaban de la supuesta fortaleza de sus héroes.

Llega á noticia del inicio emperador Valeriano, que el caballero prefecto de las milicias imperiales, vicario de Roma y favorito suyo, condenando el culto de los dioses, y á pesar de los edictos vigentes, profesaba la religion cristiana... Pero ¿cómo era posible que estuviese oculto el completo cambio de Hipólito, si apenas acababa de recibir el agua de eterna salud, se siente animado su corazón de invencible valor y fortaleza, y proclama públicamente su nueva fe?

Vedle como arroja lejos de sí con el mayor desdén sus espléndidos vestidos, no ménos que las condecoraciones de sus empleos, para cubrirse con un sencillo manto blanco, divisa del neófito cristiano, con el cual se presenta en público. Efectivamente; á la vista de Hipólito un estupor general se apodera de la multitud que le estaba contemplando, perchiéndose al cabo de poco rato un rumor, que indicaba claramente, la compasion é interés que despertaba en todos la pérdida segura de un ciudadano tan apreciable y querido de todos. Mirad como se dirige con paso firme hácia donde el glorioso Levita, que lo regeneró para Jesucristo, pronto ya á ser extendido sobre la ardiente parrilla, quiere darle lecciones de perfectísimo ejemplo del martirio, que tambien con profético vaticinio le anunciara. Viendo Hipólito semejante cuadro, se lee en su rostro la sensación de alta piedad y el deseo que domina en su alma de emular al glorioso S. Lorenzo. Seguidle miéntras vá acompañando al sacerdote Justino, prodigándole los últimos auxilios de la Religion, y dando luego sepultura á los preciosos restos del santo mártir Lorenzo, sin poder apartarse de aquella sagrada huesa, que riega con su llanto, tributándole culto

y oraciones; y presenciando luego, más con el espíritu que con el cuerpo, el sacrificio augustísimo; miradle con que uncion evangélica recibe de manos del sacerdote Justino, celebrante, parte de la sagrada forma, que, segun costumbre de la Iglesia en aquella época, debía llevar consigo. Acompañadle, por último, al regreso á su palacio, cuando junta á sus domésticos y familiares, consortes suyos ya en la fé, y vereis á nuestro Santo como, dando primero á cada uno el ósculo de paz, reparte entre todos y toma él mismo el sagrado alimento espiritual. Prevencion sábia, que quiso cumplir ántes de encaminarse á repeler el choque de los enemigos de Jesucristo, para poder mostrarse en virtud de la divina gracia regocijadamente pródigo de su vida, y conquistar por el mismo medio la invencible firmeza de espíritu que infunde en el alma el divino Pan de la fortaleza. Que vengan, decia, animado y fortalecido con el divino Sacramento, que vengan y me asalten los ministros de la impiedad, pues no les temo; y si tardan iré yo mismo en busca suya... Pero no tardarán... ya empieza á oirse un ruido de pisadas de caballos y un estridor de armas y cadenas, que se vá sintiendo cada vez más próximo, indicando claramente, que están cerca los soldados de Valeriano. Llegan efectivamente éstos; y aunque al pronto la costumbre de respetar al capitán los detiene, esto no obstante, cargan á nuestro héroe de cadenas, y le conducen preso al palacio del emperador.

Marcha, hisoño, pero por tu valor soldado veterano de Jesucristo; marcha á ofrecer pruebas heroicas é inmortales de tu valor y fortaleza. Valeriano, enendido de furor, espera á nuestro Santo... y no tardó mucho en ver delante de sí á Hipólito. Valeriano clava la vista en él, y con adusto ceño le dice: ¿Qué significa, Hipólito, esa blanca túnica que te cubre? ¿tan poco valen para tí las dignidades con que quise honrarte, que le avergüenzas de presentarte ante el público cubierto con las insignias de ellas? ¿h olvidándote acaso de lo que debes á tu estirpe, siendo ingrato á mis mercedes y despreciando mis órdenes, te has rebelado contra los dioses del imperio y has profesado la magia de los cristianos, arrastrado acaso por aquel Lorenzo, á quien de nada sirvieron sus encantamientos ni sus prestigios? Tu prisá y empeño en darle sepultura me corroboran mis sospechas.

Yo estoy reconocido á tus favores, contesta Hipólito; pero debo estar mucho más agradecido á los dones que he recibido del Cielo. Acato tus insignias; pero debo acatar y honrar mucho más las insignias de otra milicia más elevada. Detesto los encantamientos y magias, lo mismo que á los insensibles metales y á los mármoles

que Roma incienza y adora, pues no son otra cosa sinó obras del demonio. No lastimes la gloria y el nombre de Lorenzo, pues fué éste un invicto mártir; y por lo que á mí toca, has de saber, que soy cristiano. No hierve con tanta fuerza el agua que salpicada cae sobre un hierro candente, como estalló furiosa la ira de Valeriano; y para darle algun desahogo mandó inmediatamente, que un verdugo aplastase con una enorme piedra la santa boca que tan fiel y heroicamente confesaba al verdadero Dios. El fuerte atleta hace la primera prueba de mansedumbre en los padecimientos, y en la bafa que los mártires padecían por confesar el nombre de Jesucristo, y su ensangrentada y mutilada boca no es un obstáculo para continuar confesándolo. Enfurecese de nuevo el tirano, y ordena que los verdugos, armados de nudosas varas, magullen á fuerza de durísimos golpes todos los miembros del Santo hasta dejarlo sin sentidos. Adelántanse los sazones con ceño feroz; y arrojando á Hipólito al suelo se preparan para dar comienzo á su temible tarea, y al efecto descargan sobre su cuerpo innumerables azotes. Empero Hipólito resiste tan horrorosa tempestad; y en medio de tan gran cúmulo de angustias y dolores en sus miembros, manifiesta tanta entereza y firmeza en sus palabras, que no parece sinó que el que sufre tan acerbos tormentos es otro hombre diferente del que habla.

Comprende Valeriano, que sería tarea inútil el probar de vencer á Hipólito con nuevos tormentos, y piensa por lo tanto valerse de halagos. Manda, en su consecuencia, que despojen á Hipólito de su túnica blanca, y haciéndolo vestir con su primitivo traje é insignias de prefecto de milicias, empuñe el emperador su palabra de que elevaría á Hipólito á mayores dignidades y empleos, diciendo esto con tono alegre y festivo; añadiendo, que si volvía á adorar á los dioses de Roma le tomaría bajo su gracia particular. Apenas puede el Santo contenerse y escuchar al emperador. Por tu órden, le responde, se me ha despojado de la túnica de los cristianos; pero ¿quién es capaz, quién podrá arrebatarme á Jesucristo del corazón? Seguramente que no serán los despreciables bienes que me ofrezcas, pues otros honores y otros caudales me prepara Dios. Turbado el tirano en vista de tal respuesta, llama á un prefecto, y deja á su arbitrio que condene á Hipólito al suplicio que más le plazca, si no puede conseguir el reducirle, y se marcha burlado y blasfemando de un Dios que no conoce. Pero ¿cuán justo y terrible en sus venganzas es aquel Dios! No lo olvidará el tirano cuando llegue el día que, cargado de cadenas, servirá su cuerpo de escabel á la soberbia planta del rey de Persia. El sustituido ministro, que era tan cruel como avaro, pensó en adqui-

rir inmediatamente las riquezas de Hipólito, y para ello se encaminó al palacio, y penetrando en él, ve con grande admiración que toda la familia de Hipólito le recibe vestida de blanco protestando ser cristiana. Domina, sin embargo, el ministro su sorpresa; y refrenando por un instante su avidez y rapina, pone en planta el medio de tener armas suficientes para asaltar la inexpugnable fortaleza del Santo. Efectivamente: dá órden para que cargados de cadenas sean presentados á Hipólito sus parientes y domésticos; y que si no se rinde, sean todos martirizados y muertos en su presencia. ¡Horrible cuadro! Eran entre todos diez y nueve personas de ambos sexos y de distintas edades; había entre ellas jóvenes, doncellas y ancianos... Hipólito contempla la destruccion de su familia tranquilo... ve caer á sus piés á sus caros parientes y domésticos, lo mismo que á su nodriza Concordia, que espira á fuerza de palos. Hipólito mira todo esto imposible, y léjos de titubear en su propósito, anima y consuela á todos, y en cada uno resiste, combate y triunfa.

Enfurecido el prefecto al ver burlados sus proyectos, y penetrado de que no podría rendir la inexpugnable fortaleza de nuestro héroe, estudia en su interior, é impulsado por su natural ferocidad, reflexiona á qué género de suplicio deberá condenar á Hipólito. El mismo nombre del Santo inspira al monstruo un pensamiento cruel, y quiere dar al Hipólito de Roma una muerte igual á la que sufrió el Hipólito de Grecia. Si, efectivamente, se parecieran ambos suplicios; pero únicamente en el destroz del frágil y mortal cuerpo; pues por lo demás, la muerte de nuestro Hipólito se diferencia de la del otro idólatra, en que no fué inesperada sinó prevista, no necesaria sinó libre, y evitable con una sencilla demostracion que hiciese de cambiar de creencia. Esta si que es verdadera fortaleza, resistir al choque de tantos y tan espantosos males. Se junta *extramuros* de Roma un inmenso gentio para presenciar la ejecucion. Por la calle principal que conduce á Tivoli hay un tortuoso sendero, árido y quebrado, cubierto de secos y cortantes cantos, donde abundan las espinas y silvestres punzantes cardos, y lleno de zarzas, que extienden y cruzan el camino con sus ramas. Esto no es ponderar sinó intentar describir el camino estrecho, tortuoso y cubierto de espinas por el cual subió al Cielo Hipólito. Yace éste tendido y desnudo sobre aquel duro suelo, mientras los verdugos le atan una gruesa cuerda á uno de los piés, atando fuertemente el otro á un tronco de dos furiosos caballos, tan briosos, que apenas les es dado sujetarlos. El fuertísimo atleta, el heroico mártir, armado con la señal de su fé, invoca al sacratísimo nombre de Jesucristo fijando la vista en el

Cielo, y con ardientes plegarias anhela llegue el instante de empezar á recorrer su carrera. Llegó el momento: los verdugos sueltan los inquietos caballos, los cuales se lanzan á la carrera; encalla el cuerpo del Santo en las piedras y zarzales; y sintiéndose las briosas bestias detenidas, se irritan más y más, y sin dirección fija corren desahoradamente. ¿Quién es capaz de recordar sin horror el lastimoso estado en que tan cruel martirio pondría el cuerpo de Hipólito? Las espinas y las piedras estaban enrojecidas con su sangre, sus cabellos quedaron envueltos en los zarzales; y aquí y allí se velan trozos de carne!... Todas las conjunturas estaban dislocadas, rotas, y los nervios magullados, los huesos quebrantados, las vísceras extendidas, y la sagrada cabeza.... Empero, ¡á qué detenernos en describir cuadro tan horroroso, cuando reclama nuestros más gratos y alegres pensamientos su espíritu inmortal, que rodeado de ángeles cruza triunfante el firmamento, y vuela á recibir la inmortal corona que el Cielo tiene preparada para los esforzados héroes de la fé!

Una prodigiosa y vivificadora virtud pareció transmitirse á las cenizas del santo mártir, según la opinión más acreditada, puesto que trasladadas aquellas á París y colocadas en el templo de S. Dionisio, en ocasion que una peste terrible cundió por toda la Francia, la preservaron de la muerte que tan de cerca amenazaba á todo el reino.

En la peligrosísima navegacion del fluctuante siglo, ¡dirigios á Hipólito, hermanos míos, y cual en estrella amiga, fijad en él vuestra vista para no olvidar sus grandes virtudes; porque no podríais prometeros guía más seguro, ni asistencia más eficaz para vuestras necesidades, ni más vigorosa defensa para los peligrosos é inestables acontecimientos de la vida. De esta manera, la gloria que tributais á Hipólito, reanimando sin cesar vuestra esperanza y vuestra fé, é inflamándoos en el deseo de querer seguir sus sagradas huellas, será fecunda en inmarcesibles frutos; diferenciándose de aquella gloria que tributaban los infieles á sus falsos héroes, pues ésta les hacia cada día más ciegos y desgraciados. Para refrenar el orgullo que infundia á los paganos la memoria de su pretendido héroe, el griego Hipólito, la Iglesia de Jesucristo presentó al paganismo, en el santo mártir Hipólito, un sublime héroe de excelsa grandeza de alma en el desprecio de las más deseadas riquezas, un héroe de maravillosa fortaleza para resistir los peligros más formidables, y un héroe, finalmente, que se hizo digno de ceñir la corona de gloria inmortal que os deseo á todos.

PANEGÍRICO I DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR.

*In gloriam meam creavit eum.
Yo le he criado para mi gloria.*

(ISAÍ. XLIII, 7.)

No es de la boca de Isaías de donde tomo estas palabras; es del seno mismo de Dios, en donde el Verbo, su palabra sustancial é increada, al ver los siglos todos presentes en el día de su eternidad, y pasar sucesivamente las generaciones sin cuento de los hijos de Adán, distingue á Ignacio, y marcándole en su frente pronuncia: «Yo le he criado para mi gloria.» Jamás ha podido encerrarse en ménos palabras un elogio tan grandioso. Y cuando Dios mismo es el panegirista, ¿qué puede añadir el hombre? Léjos, pues, de aquí ese gusto frívolo del siglo, que no se saborea sinó con las pomposas frases de la oratoria; léjos de aquí esa avidez, con que un mundo profano viene á recoger al pié de tan venerable cátedra algunas flores de estilo; flores efímeras, que heridas de maldicion se secan en el momento mismo que las ve nacer. Y si en toda ocasion y sobre cualquier asunto es una especie de sacrilegio, quemar en el templo del Dios vivo algunos granos de incienso ante el idolo de la vanidad: ¿qué atentado no sería en un día tan solemne, consagrado á refrescar la memoria de ese hombre extraordinario, que no respiró sinó la gloria del Señor, pensar en otra cosa que en imitarle, rindiendo un homenaje semejante á ese Dios, que quiere singularmente ser llamado el Dios de la gloria? Tal es el interesante objeto que me trae á este lugar. Yo no vengo á entreteneros, sinó á edificaros; no vengo á recrear oídos académicos con armoniosas cláusulas, sinó á gustar con los justos y con los predestinados el aroma celestial que Ignacio exhala y con que embalsama la Iglesia entera; vengo, y hé aquí el plan de mi discurso, á mostraros á Ignacio, dando á Dios, desde el instante de su